Care Santos:

«Pocos temas hay más allá de la familia y el paso del tiempo»

Por Beatriz García Ríos

◄ (Reportaje fotográfico)
Care Santos © Joan Cortadellas y Elena Blanco

Care Santos (Mataró, 1970) es novelista y crítica literaria. Entre sus novelas destacan *El tango del perdedor* (1997), *Trigal con cuervos* (Premio Ateneo Joven de Sevilla, 1999), *Aprender a huir* (2002), *El dueño de las sombras* (2006), *El síndrome Bovary* (2007), *La muerte de Venus* (2007), *Hacia la luz* (2008), *Habitaciones cerradas* (2011) –recientemente adaptada a TV–, *El aire que respiras* (2013) y *Deseo de chocolate* (2014). Traducida a dieciocho idiomas, ha recibido numerosos premios y está considerada una de las autoras más leídas de nuestro país. Su última novela publicada, *Diamante azul* (Destino, 2015), cuenta la historia de una familia catalana a la que la industrialización ha permitido posicionarse entre la incipiente burguesía.

Muchas veces decimos que a los libros no hay que juzgarlos por su portada, pero en este caso la portada y la contraportada han sido fieles a la historia que nos cuenta. Numerosas son las sagas que habitan el mundo literario y parece que la idea de escribir una le seguía rondando la cabeza desde *Habitaciones cerradas* ¿Qué le ha llevado a escribir sobre ese mundo tan complejo –y trabajoso, debido a la documentación que necesita–?

La documentación no me resulta trabajosa, más bien todo lo contrario. Es una etapa muy placentera, además de muy enriquecedora. Hay muchas historias que surgen de hallazgos realizados durante la documentación, y no precisamente de aquello que querías encontrar. Una nunca sabe qué va a pasar cuando entra en una biblioteca, una hemeroteca o un archivo en busca de algo. Puede ser que lo encuentre o puede ser que no. Lo que es seguro es que habrá descubrimientos por el camino y que esos descubrimientos mejorarán en algo la novela que piensas escribir. Con respecto a las sagas familiares... sí, me temo que me gustan, como lectora y como escritora. Hace tiempo ya que sospecho que pocos temas hay más allá de la familia y el paso del tiempo. «El tiempo, ese único tema», escribió Yasmina Reza. Las sagas familiares aúnan ambos asuntos. Será por eso que me fascinan tanto. Y permítame contarle algo de la portada. Creo que se trata de un gran trabajo del departamento de diseño de mi editorial, que supo entender muy bien el espíritu de la historia. Aunque, por sorprendente que parezca en un grupo editorial tan grande, siempre que he deseado intervenir en algún aspecto físico del libro me han escuchado. Me temo que intervengo cada vez más, supongo que me vuelvo más maniática con los años. También aquí aporté mi pequeño grano de arena.

Hacia 1860, Rosalía de Castro envió una carta a su marido, Manuel Murguía, en la que se quejaba de su condición diciéndole: «Si yo fuese hombre, saldría en este momento y me dirigiría a un monte, pues el día está soberbio; tengo, sin embargo, que resignarme a permanecer encerrada en mi gran salón. Sea». Fundamentalmente, esta saga es la historia de las mujeres de su familia, quienes mejor representan la lucha de la tradición frente a la modernidad.

Por supuesto. Representan un momento de transición, en que el mundo está cambiando y las personas deben adaptarse a los cambios o, en ocasiones, avanzarse un poco a ellos. Muchas de las mujeres de mis novelas son hijas de etapas de transición y, al mismo tiempo, personas valientes que desafían las convenciones de su época. Creo que es así porque he conocido en mi vida a mujeres que, al contrario que Rosalía de Castro, no se resignaron a quedarse en su salón y se dirigieron al monte, a veces pagando por ello un precio muy elevado, como el de la protagonista de *Diamante azul*. No sabría escribir de mujeres que se quedan en su salón, me temo. Tampoco sabría ser una de ellas.

Las narraciones sobre las sagas familiares conservan ese tono de la forma oral de los relatos tradicionales. Usted misma, con diez años, escuchaba y oía las historias que su abuela Teresa le contaba todos los domingos. No ha pasado demasiado tiempo, pero han cambiado muchas cosas, como la poca paciencia que mayores y jóvenes tenemos hoy para escuchar. ¿Cree que esta carencia afectará, en el futuro, al conocimiento de nuestro pasado?

No estoy de acuerdo con que no tengamos paciencia para escuchar. El tándem abuelos-nietos sigue siendo perfecto hoy en día, como lo era en mi niñez. Se comprende: los abuelos tienen muchas ganas de contar historias, los nietos muchas ganas de escucharlas y ambos tienen tiempo para hacerlo. Los narradores orales, por otra parte, demuestran cada vez que se suben a un escenario que por mucha tecnología de que dispongamos, la magia de las palabras sigue encandilándonos como lo ha hecho siempre. No necesitamos nada más que una buena historia y alguien que sepa contarla para quedar fascinados. La palabra tiene una fuerza grandísima, que no caduca. En todas partes hay personas que se enamoran con una historia, sin aditivos. Lo que ocurre es que vivimos en una sociedad abocada a la prisa y al ruido, dos estorbos que van en contra de la literatura. La literatura, como todas las cosas importantes, requiere un poco de tiempo y un poco de silencio; añadiría un poco de espacio para la introspección. Son cosas que no abundan en nuestras vidas, que resultan difíciles de encontrar. Pero, del mismo modo que buscamos un rato para hacer yoga o pilates, podemos buscar y encontrar un rato para leer todos los días. Una hora o tres cuartos de hora. Podemos considerarlo una terapia de autoayuda –una de las más antiguas que existen, por cierto– o un método de meditación –también muy antiguo–. Tal vez, si lo explicáramos de este modo, la gente leería

más. Y, desde luego, sería más feliz. La literatura es el mejor modo de ser feliz que conozco.

Vicente Blasco Ibáñez, escribió en su juventud *La araña negra,* que él mismo repudió más tarde por considerarla demasiado folletinesca, característica que, con el paso del tiempo, le ha atribuido especial encanto. ¿Ha pensado, mientras escribía esta historia, que ese podía ser un inconveniente?
Yo adoro el folletín. ¡Y quién no! De hecho, sólo hay que ser un aficionado a las series televisivas actuales –las más brillantes argumentalmente, como *Mad Men*, *Studio 60*, *Better Call Saul*, pero también las menos logradas, como *Dowtown Abbey*– para darse cuenta de lo muy vivo que sigue estando el folletín en nuestros días. En realidad, el folletín es nuestra vida misma, sólo que con una apariencia más ordenada, menos caótica. Por otra parte, no creo que fuera por folletinesca que Blasco Ibáñez repudió *La araña negra*, sino por inmadura. Comenzar a publicar demasiado pronto tiene sus inconvenientes, que yo también conozco.

Para la recreación de esta novela, que podríamos considerar autobiográfica, la atmósfera, la voz narrativa y los personajes estaban en su memoria, pero el esquema, la trama, han debido de ser los elementos más difíciles en su construcción. ¿Cómo ha sido este proceso?
Yo no la considero autobiográfica, porque apenas hay referencias a mi propia experiencia. Se trata de una búsqueda necesaria y muy premeditada sobre mis propios orígenes familiares. Los únicos dos personajes que estaban en mi memoria eran Claudio y Teresa, mis abuelos, que son protagonistas de la primera parte. El resto fueron apareciendo en el proceso de documentación, lo mismo que ha ocurrido con las otras novelas. No sabía qué iba a encontrar y fue una sorpresa hacer algunos descubrimientos que sirvieron para construir personajes y situaciones. De modo que el esquema y la trama siguieron el mismo proceso desde cero que en anteriores ocasiones.

EL FOLLETÍN SIGUE MUY VIVO EN NUESTROS DÍAS. EN REALIDAD, ES NUESTRA VIDA MISMA, SÓLO QUE CON UNA APARIENCIA MÁS ORDENADA

¿Ha sido más difícil escribir esta novela que otras o por ser una historia familiar y tenerla parcialmente construida en su memoria ha resultado una experiencia más fluida?
Ha sido muy difícil, mucho más que nunca. Había una verdad en esta historia –la de mi familia– que quería preservar. Quería hablar de algunas personas que existieron y que hicieron cosas muy concretas, sin traicionar su memoria. Pero, al mismo tiempo, estaba escribiendo una novela, y era la ficción la que debía darle una coherencia y un interés a todo. No estaba contando batallitas de sobremesa del día de Navidad. Era una novela y, como tal, debía tener ambición. Encontrar la justa medida entre ficción y realidad fue muy complicado. Y también estructurar la información de que iba disponiendo, hacer la selección

de materiales que se impone después de toda documentación exhaustiva. Lo hago siempre, pero en este caso fue más complicado prescindir de personajes y anécdotas.

Usted también ha escrito para niños y jóvenes. El presente es el tiempo de lo visual, y muchos jóvenes -y no tan jóvenes- dan más importancia a los efectos especiales, como se llaman en el cine, que a la historia. Este fenómeno también ocurre en la literatura, donde a veces pasan muchas cosas sin que haya historia. ¿Qué significa, para usted, la historia en una novela? ¿Qué es más difícil, crear una historia para jóvenes o para adultos?

Yo defiendo que toda novela debe partir de una historia poderosa. También toda película, todo texto teatral. Sin historia no tenemos nada que merezca la pena contar. La historia debe justificar el tiempo y las palabras que le dedicamos, debe merecer la pena. Aunque no basta, claro. La historia debe cimentarse en el estilo, la psicología de los personajes, el ritmo. Como bien sabe, también hay escritores y lectores que priman esos elementos por encima de la trama. Yo pienso que todos los tipos de lectores -y de espectadores- pueden convivir. Lo único que debe preocuparnos de los jóvenes es que lean con gusto, que se aficionen. Sólo después de aficionarse a leer irán formando y sofisticando su gusto, aprendiendo a distinguir dentro de la literatura que les gusta aquella que es de calidad de la que no lo es, tenga o no tenga una historia poderosa, como a mí me gusta. Eso sí, como escritora es mi obligación ofrecerles historias de calidad. Lo único que se me ocurre hacer para crear lectores es escribir buenos libros. Por lo demás, escribir siempre es difícil, y me temo que no depende del público a quien te dirijas. La literatura infantil tiene unas reglas muy concretas que debes conocer. Y lo mismo ocurre con la juvenil, aunque aquí las reglas comienzan a difuminarse. Lo que está claro es que hacer las cosas bien nunca es fácil y siempre se logra con oficio, talento y esfuerzo. No necesariamente por este orden.

En un primer momento parece que la lectura se puede complicar por la existencia de muchos personajes y la cronología no continua. Sin embargo, la circularidad de la obra hace que los mismos personajes aparezcan varias veces y los hechos sean recordados para su transformación de generación en generación. ¿El tiempo que utiliza es el tiempo de la memoria, el de la propia e individual existencia?

Pienso que el orden cronológico está sobrevalorado. A mí, me aburre bastante. Por eso en todas mis novelas hay alteraciones cronológicas, analepsis, elipsis, prolepsis... Nuestro cerebro es proclive a este tipo de saltos, que tanto abundan en nuestros procesos mentales. Cuando recordamos, nunca lo hacemos en orden cronológico, sino todo lo contrario: nuestro pensamiento tiende a lo caótico, a los saltos temporales constantes, a las asociaciones de ideas. Para mí, alterar el orden cronológico no sólo es un modo de hacer la narración más interesante, de crear más expectativa, de divertirme escribiendo, sino también es un modo de

ser fiel a la realidad. Las novelas deben reflejar la vida.

La anterior pregunta nos llevaría a plantearnos qué es la identidad y dónde la buscamos. ¿No somos lo que somos sin nuestros antepasados?
Somos una acumulación de tiempo y experiencia que nos precedió, de personas a quienes ni siquiera recordamos y de cuyas existencias no sabemos nada. Muchas de las cosas que hacemos o pensamos son una herencia de esas personas a quienes no conocimos. De algún modo, nuestro cuerpo, nuestros mecanismos mentales, nuestro modo de emocionarnos, los recuerdan por nosotros. Escribir es siempre una búsqueda de la propia identidad. En este caso, la búsqueda ha sido doble. Y mucho más profunda y emocionante.

La saga, como forma narrativa, nos hace partícipes de distintos periodos históricos y nos brinda la oportunidad de conocer con sus personajes las relaciones de pertenencia a una familia y las influencias que ejercen en el devenir individual. La historia familiar que nos cuenta llega hasta unos años antes de la guerra civil, ¿piensa seguir escribiendo sobre la saga incluyendo ese periodo tan clave en la historia de España?
Nunca, hasta ahora, me he atrevido a escribir sobre la Guerra Civil. Me decía que era mejor esperar, que hay historias que se afrontan mejor desde la madurez y la experiencia. Lo mismo pensaba de la historia de mis abuelos: quería contarla cuando tuviera suficiente oficio para hacerlo bien y, sinceramente, creo que la espera ha valido la pena. Muy pronto comenzaré una novela –que ya tengo tramada casi en su totalidad– que retomará algunos personajes de *Diamante azul* cuyas historias aquí apenas quedaban esbozadas: Eustasia y Avelino, por ejemplo. Quiero profundizar en ciertos temas que me interesan y, por supuesto, quiero escribir por fin sobre la Guerra Civil. Creo que sigue siendo necesario hacerlo y que nuestra generación puede ofrecer una visión más desapasionada y más neutra que las de nuestros predecesores. En muchos aspectos –por ejemplo, la defensa de la memoria histórica– la Guerra Civil no ha acabado todavía.

La voz y la mirada de la mujer que nos cuenta la historia, la descripción de los personajes –sobre todo femeninos–, esa capacidad para presentar sus conflictos y las soluciones de los mismos, diría que han hecho que su público lector sea más femenino que masculino. ¿Pensó, al escribirla, a que público se dirigía o por el contrario ha sido fruto de la narración?
Todos los escritores tenemos más lectoras que lectores, por la sencilla razón de que los hombres leen mucho menos. El porqué es algo que conviene preguntarse sin dramatismos. Recordar que la novela decimonónica nació como un género para mujeres que a menudo era considerado pernicioso por su capacidad de influenciar en las decisiones de quienes lo consumían. ¿Significa eso que las mujeres buscamos respuestas en los libros? Es muy probable. Debemos plantearnos por qué leemos, en busca de qué. Y si lo

hacemos por distintas razones en diferentes momentos, como sin duda ocurre, con indiferencia de que seamos hombres o mujeres. Si por femenino entendemos psicología, introspección y necesidad de encontrar en las historias que escribimos/leemos respuestas a algunas de las preguntas más difíciles, entonces me declaro plenamente femenina. Aunque sé que los hombres, o por lo menos algunos de ellos, me leen y leen por esas mismas razones. Con respecto a pensar en el lector mientras escribo, la respuesta es clara: sí. Siempre pienso en el lector, escriba lo que escriba. Concibo la escritura como un acto de comunucación en el que no puedes ignorar o despreciar a aquel con quien quieres dialogar. Mis lectores, o por lo menos un lector ideal que se parece bastante a mí en gustos y manías, están siempre presentes.

Hasta la fecha, ha escrito y publicado muchos libros: literatura infantil y juvenil, poesía, relatos, novela... Y muchos de sus libros han sido traducidos. Es una de las autoras más leídas de nuestro país por el público joven -de algunos de sus libros se han vendido más de 70.000 ejemplares-. Además, *Habitaciones cerradas* ha sido recientemente adaptada a la televisión. Todo esto significa que hay mucha gente que sigue su trayectoria. ¿Qué relación tiene con un público tan distinto entre sí?

El éxito es perverso. No significa nada, obedece a factores que no puedes controlar, es arbitrario, incluso, a veces, injusto. A menudo, la obra que más lo me-

rece es la que menos gusta. Puedes llegar a odiar la novela por la que eres más conocido. Pero el éxito adula y corres el riesgo de creerte demasiado tus propios méritos. En mi opinión, es imprescindible mantener todo eso bajo control. Hay que recordar que escribir siempre cuesta tanto o más que el primer día, que no importa lo que te haya ocurrido, hay que sentarse ante la pantalla con modestia absoluta, con muchas ganas de aprender, de superarte. Cada novela podría ser un error, visto de ese modo. Y cada nueva novela, una posibilidad de enmienda. Nunca hay que dejar de ser autocrítico al máximo, nunca hay que conformarse. Y hay que trabajar sin descanso, sabiendo que el castigo del escritor, como dice Jaume Cabré, es tener siempre la tarea a medio hacer. Dicho esto, nunca he entendido que se llame *best seller* a libros que aún no han sido publicados y que, por lo tanto, no han vendido ni un ejemplar. Es como etiquetar según las expectativas. Con la misma extrañeza reacciono cuando se me etiqueta a mí. No me gustan las etiquetas ni me las tomo en serio. Tampoco cuando me afectan como autora. En resumen: escribir tiene poco que ver con el mundo editorial, sus dictados y sus convenciones. Está por encima de todo eso, como los lectores.

¿Cree que seguirá, en el futuro, combinando la escritura de adultos y juvenil o ya ve alguna tendencia hacia alguna?

Seguiré escribiendo para jóvenes mientras ellos quieran leerme. Es un público difícil, que te plantea retos todo el tiempo y de quien aprendes mucho. Espero poder seguir aprendiendo y dialogando con ellos hasta el final, aunque habrá que estar bien atenta por si en algún momento pierdo la capacidad de seducirles. Mientras pueda, significará que me mantengo en forma como escritora. Escribir para jóvenes es como ir todos los días al gimnasio.

HAY QUE TRABAJAR SIN DESCANSO, SABIENDO QUE EL CASTIGO DEL ESCRITOR, COMO DICE JAUME CABRÉ, ES TENER SIEMPRE LA TAREA A MEDIO HACER

A la hora de recomendar lecturas a nuestros hijos, los padres nos preguntamos qué libros son los más apropiados. ¿Dónde está el criterio que define qué leer: en la edad o en la preparación del niño, adolescente o joven?

Los padres solemos ser un estorbo. No en la infancia, sino en la adolescencia. Lo mejor que podemos hacer si tenemos un hijo lector es recomendarles el canal de algún *booktuber* –un joven que recomienda libros en Internet, a través de un canal de youtube–, o de varios, y dejar que ellos le aconsejen. Hasta que llegue ese momento, debemos permanecer atentos a las necesidades de nuestros hijos. Hay que darles libros que les emocionen, les escandalicen, les diviertan. Libros que *necesiten* leer, que aborden temas que les dan miedo o que les preocupan: drogas, sexo, desamor... No existe un libro universal, pero sí un libro que encandile a cada lector. Más de uno. El problema es que para encontrarlo a veces hace falta tiempo, paciencia y conocimiento. Luego están los niños. Ellos no tienen ningún problema: leen por diversión, sin prejuicios, sin

preocuparse por nada. Leer es un juego. Ojalá supiéramos mantener vivo este espíritu más allá de los doce años.

Le doy las gracias por concedernos esta larga entrevista. Pero, antes de terminar, ¿nos podría contar qué autores fueron sus favoritos en la adolescencia?

¡Tantos! Esta es una pregunta que detesto tanto como aquella otra de «¿Qué libro te llevarías a una isla desierta?». Si me lo permite, le diré lo que suelo contestar cuando me preguntan esto: «¿No puede ser una isla desierta con biblioteca?». Pues bien, mi infancia fue, en parte, una isla desierta con biblioteca. Una biblioteca pública me salvó del aburrimiento de mis veranos, y allí descubrí a algunos de los autores que me habían de marcar y acompañar para siempre: los románticos –sobre todo ingleses– Byron, Shelley, Stoker, Scott. De ahí a Jane Austen, Wilkie Collins y Dickens. Los rusos: en especial Turgueniev. La literatura latinoamericana: García Márquez, Alejo Carpentier, Borges. Y sin olvidar a Bécquer, que tan bien se lleva con los adolescentes, ni los relatos de fantasmas de M. R. James, ni a Edgar Allan Poe, ni a Maupassant. Y luego Machado –Antonio– y Emilie Dickinson y Anna Ajmátova y Mercè Rodoreda y Natalia Ginzburg y Virginia Woolf... En fin. Mejor lo dejo aquí o necesitaremos más espacio del que estarían dispuestos a concederme. Soy yo la que les agradece la invitación. Ha sido todo un placer.